

# Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

## **EL ABCÉ DE LOS PADRES**

Pensamientos que pueden evitarnos más de un tropezón

## **JUNTOS EN LA CUERDA FLOJA**

La adolescencia, edad de decisiones

## **MÁS JOVEN QUE NUNCA**

Quién sabe todo lo que te queda por delante

**NÚMERO DEDICADO A LOS PADRES DE FAMILIA**

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

[www.conectate.org](http://www.conectate.org)

## México:

Conéctate  
Apartado Postal I-719  
Mitras Centro  
Monterrey, N.L., 64000  
[conectate@conectate.org](mailto:conectate@conectate.org)  
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)  
(52-81) 81 230605  
(52-81) 81 34 27 28 (fax)

## Argentina:

Casilla 10  
Correo de Mendoza  
M- 5500  
[conectateconosur@conectateac.com](mailto:conectateconosur@conectateac.com)

## Colombia:

Conéctate Colombia  
Apartado Aéreo 85178  
Bogotá  
[conectate@coldecon.net.co](mailto:conectate@coldecon.net.co)  
(1) 7586200

## Chile:

Conéctate  
Casilla de correo 14.702  
Correo 21  
Santiago  
(09) 94697045

## Europa:

Activated Europe  
Bramingham Pk. Business Ctr.  
Enterprise Way  
Luton, Beds. LU3 4BU  
Inglaterra  
[activatedeurope@activated.org](mailto:activatedeurope@activated.org)  
(44-0) 8458381384

## Estados Unidos:

Activated Ministries  
P.O. Box 462805  
Escondido, CA 92046-2805  
[info@activatedministries.org](mailto:info@activatedministries.org)  
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

AÑO 9, NÚMERO 5 Mayo de 2008  
DIRECTOR Gabriel Sarmiento  
DISEÑO Giselle LeFavre  
ILUSTRACIONES Doug Calder  
PRODUCCIÓN Francisco López



## A NUESTROS AMIGOS

Leí hace poco un artículo en que una señora describía su trabajo en estos términos: «No recibo bonificaciones. Es más, hace 12 años que no me pagan sueldo. Mis principales funciones son enseñar, orientar, cuidar y disciplinar. No siempre soy muy popular; pero eso no importa, porque no es un requisito en mi trabajo. Soy madre. Se me ha confiado la tarea de educar a tres mocitos hasta que alcancen la mayoría de edad. No es de vital importancia que tengan éxito en el sentido en que se entiende el éxito hoy en día; es decir, que obtengan un título profesional, amasen una fortuna y se hagan un nombre. El éxito que les deseo va con la definición del Diccionario de la Real Academia: “Resultado feliz”».

Este comentario me trajo enseguida a la memoria a varios padres de familia ejemplares con los que guardo estrecha amistad desde hace años y que han sabido educar muy bien a sus hijos. Los hay que tienen familias numerosas y han sacado adelante a una magnífica prole. Los admiro a rabiar. Algunos de ellos probablemente dudaban o dudan aún de sus habilidades como padres; pero la vida ha sabido demostrarles que no se equivocaron en su modo de educar, pues hoy sus hijos andan bien encaminados. No todo fue miel sobre hojuelas: algunos se les descarriaron por unos años; pero la buena enseñanza que habían recibido y los quebrantos y las lecciones de la vida los volvieron a encaminar bien.

Atribuyo el éxito de esos padres a que se esmeraron siempre para educar a sus hijos como Dios manda, o sea, con amor, con sana disciplina, siempre al lado de ellos, siempre apoyándolos. Varios me cuentan que se beneficiaron enormemente de los consejos, la experiencia y el aliento de otros padres de familia, así como de las enseñanzas recogidas en diversos libros de orientación cristiana.

Eso precisamente nos proponemos con el presente número de *Conéctate*: transmitir parte de esa experiencia, de esos consejos, de esa sabiduría y de ese aliento. Ojalá obtengas tú también un *resultado feliz* con tus hijos.

Gabriel  
  
En nombre de *Conéctate*

© Aurora Production AG, 2008

<http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Taiwán por Chanyi Printing Co., Ltd.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

# MOMENTOS MÁGICOS



DICEN QUE LAS COSAS SENCILLAS de la vida son las que nos reportan las mayores alegrías. Eso se hace patente en la hora que paso al principio del día con tres pequeños de 2 y 3 añitos, para que sus madres —compañeras misioneras de La Familia Internacional con quienes convivo y trabajo— puedan empezar el día con buen pie. Debo reconocer, sin embargo, que no siempre ha sido así.

En teoría el plan parecía estupendo; pero dado que los tres todavía usan pañales, uno de ellos casi siempre me recibía con una *sorpresa* maloliente, mientras que la otra estaba hecha un mar de lágrimas porque su madre la dejaba conmigo un rato. Muchas veces tenía ganas de decirles: «Créeme, tengo peor disposición para esto que tú».

Los primeros días los saludaba con una taza de café en la mano y, en cuanto podía, me desplomaba en un sofá a esperar que pasara la hora. Huelga decir que las más de las veces aquello terminaba abruptamente cuando una pelea entre dos de los pitusos desembocaba en alaridos que se escuchaban en un radio de 5 cuadras. ¿Qué caracoles podía hacer yo con ellos durante una hora entera?

Al cabo de varios días de lo mismo, una de las niñas tomó un librito del suelo, se me acercó y se sentó en mi regazo.

—¿Libo? —me dijo mirándome con sus ojazos redondos.

—¿Por qué no?

Apenas empecé a leer, los otros dos se acomodaron al lado nuestro.

ESTEFANÍA PAONE

Me sorprendió cuánto sabían. Cada uno señalaba en la página algo que le era conocido y lo nombraba a su manera, o imitaba como podía el sonido de uno de los animales.

Leímos un libro tras otro, y de esa manera volví a descubrir que los chiquitines de esa edad son como esponjas: lo absorben todo. Aprendían cantidad de cosas de lo que les leía. Le empecé a tomar gusto al asunto. Decidí volcarme por entero a esos ratos que pasaba con ellos y preparar otras actividades para hacer juntos.

Hoy en día, esa hora que paso con ellos es uno de mis ratos preferidos de la jornada. Sea lo que sea que hagamos, no hay ocasión en que uno de ellos no diga con entusiasmo: «¡Vez!» —que en su lenguaje significa «otra vez»— cuando terminamos una actividad. Y todos se echan a reír cuando vuelvo a empezar.

Ayudarlos a aprender y descubrir cosas nuevas y oírlos reírse a carcajadas es mucho más gratificante de lo que me había imaginado inicialmente. Todavía hay sorpresas malolientes y de vez en cuando alguna rabieta, pero he aprendido que el empeño que yo ponga en los ratos que paso con ellos determina lo provechosos que sean. ¡Cada día pueden ser mágicos!

ESTEFANÍA PAONE ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN MÉXICO. ■

# DESDE TEMPRANA

## EDAD

### Sobre la necesidad de disciplinar con amor y constancia

MARÍA FONTAINE

LA LABOR DE LOS PADRES no sólo consiste en consolar a los hijos cuando se caen y preocuparse de que se alimenten bien, se cepillen los dientes y otras funciones parecidas. Todo progenitor tiene también la obligación de velar por la formación espiritual de sus hijos, lo cual se logra fundamentalmente mediante una disciplina amorosa y constante; y cuando digo *amorosa* quiero decir moderada, serena, ecuánime y no violenta. Desde muy temprana edad los niños comienzan a formarse su concepto del bien y del mal y a adquirir patrones de conducta. Por eso, cuanto antes empecemos a instruirlos, mejor.



Disciplinar a los niños significa formarlos, enseñarles a llevar una vida ordenada y, con el tiempo, a autodisciplinarse. La disciplina entendida como una serie de reglas que se imponen a los niños resulta ineficaz, pues en cuanto quedan libres de la autoridad paterna, se desbocan. En cambio, disciplinar en el sentido de enseñarles a llevar una vida ordenada tiene efectos duraderos: les inculca autodisciplina.

La disciplina no se reduce a impartir corrección y sancionar comportamientos inadmisibles, aunque reconozco que esos son aspectos esenciales. Primeramente es preciso establecer límites y directrices claros y dar uno mismo buen ejemplo de conducta; luego se debe impartir la enseñanza paso a paso y ser constante en su aplicación.

A la mayoría de los padres al principio les cuesta mucho castigar, y a algunos no sólo

al principio. Les tenemos tanto cariño a nuestros hijos que no queremos amargarles la vida. Deseamos de todo corazón que hubiera alguna forma de eludir el asunto, de que aprendieran de un modo más fácil. Pero como los queremos tanto, los corregimos. Sabemos que les conviene escarmentar y que a la larga les evitará perjuicios mayores. Dice la Biblia que la disciplina «da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados» (Hebreos 12:11).

No se puede esperar que los niños aprendan a portarse bien por su cuenta. Es un proceso largo que requiere constancia, amor y equidad. Es probablemente el trabajo más difícil y complejo que tienen los padres. En cierto modo es más fácil dejar que los chiquillos anden descontrolados y se entretengan solos. Pero con el tiempo los padres descubren que es mucho más provechoso entregarse a la ardua labor de disciplinar a los niños. El no hacerlo acarrea más de un dolor de cabeza.

Hasta que los niños no aprenden las lecciones elementales de la obediencia, el respeto, la consideración por



los demás, el dominio propio y la disciplina, no maduran todo su potencial. Y si nunca las aprenden es probable que sean menos felices y se sientan menos realizados, para desventura también de quienes los rodean. Si no disciplinamos a los niños con amor y constancia desde que son pequeños, cuesta mucho más tenerlos en vereda cuando se hacen mayores. Al final no hay más remedio que tomar medidas enérgicas para evitar que se lastimen o que hagan daño a otras personas. Pero eso no es culpa de ellos, sino nuestra, por no haberles enseñado a más temprana edad, cuando los riesgos eran mucho menores.

Viéndolo así, es evidente que lo más amoroso es instruirlos desde el principio con ternura, amor y constancia, enseñándoles a escoger bien, fijando los límites de lo que se considera aceptable y aplicando algún correctivo cuando rebasen tales límites.

El primer paso es, pues, estar convencidos de que no podemos inhibirnos de disciplinar, que los niños no solo necesitan disciplina para llegar a ser gente de bien y ciudadanos productivos, sino también para vivir felices y establecer con nosotros, los padres, una relación que les

proporcione seguridad. En su fuero interno los niños saben que necesitan límites y quieren que se los definan. Se sienten mucho más felices y seguros cuando se les imparte una disciplina uniforme y amorosa.

Una vez que nos comprometemos a disciplinar fielmente a nuestros hijos, nos topamos con otro obstáculo que es preciso superar: la inconstancia. Hay momentos en que estamos ocupados con otras obligaciones, momentos en que disciplinar resulta incómodo o en que nos preocupamos por lo que pensarán los demás, momentos en que no queremos caer pesados o aguar la fiesta. Hay incluso veces en que los niños prueban todas las tácticas habidas y por haber para evitar el castigo. Si no tenemos cuidado, es fácil permitir que las circunstancias o nuestro estado de ánimo determinen el modo en que aplicamos la disciplina. Podemos caer en una actitud indolente, pensando que es mejor no darse por enterados y dejar pasar la mala conducta; o recurrir a palabras ásperas o a insistentes regaños. En cualquier caso, la disciplina inconstante confunde y hasta perjudica a los niños. Nos hace más difícil la vida a nosotros y a

ellos. En cambio, la disciplina aplicada con constancia y uniformidad a la larga redundará en menos correctivos y medidas disciplinarias, porque los niños aprenden más rápido.

Para disciplinar a los pequeños es menester interesarse en lo que hacen y participar en sus actividades. Cuando nos comprometemos a enseñarles a llevar vidas disciplinadas, en esencia nos estamos comprometiendo a pasar más tiempo con ellos. Una sana disciplina no es concebible si no acompañamos al niño ni sintonizamos con él. Las ocasiones en que corregimos o disciplinamos a nuestros hijos probablemente nos resultarán desagradables, y en el momento nos parecerá mucho más trabajoso enseñarles a hacer algo bien que dejarles hacer lo que les dé la gana. A la larga, sin embargo, uno se ahorra mucho trabajo, y acaba disfrutando mucho más los ratos que pasa con sus hijos.

Aplicar la disciplina con amor y constancia reporta enormes satisfacciones. Los niños nos quieren y nos respetan más, y se sienten más a gusto con nosotros. Y nosotros también compartimos esos mismos sentimientos, sabiendo que hemos hecho aflorar sus mejores cualidades. ■



# UNA MAESTRA SINGULAR



ELISABETH SICHROVSKY

CASI TODO EL MUNDO tiene a un maestro entre las personas que más han influido en su vida. ¿Qué clase de maestro? De esos que emplean sus aptitudes para cultivar las de los alumnos; de los que no solo se preocupan por moldear la mente, sino también el corazón. En mi caso, fue una profesora a la que los alumnos llamábamos con afecto tía Marina.

En aquella época, mi familia vivía en Japón, donde mis padres desempeñaban una labor administrativa para nuestra hermandad cristiana internacional. La tía Marina fue mi profesora de primero y segundo de básica.

Era una mujer muy sensata y equilibrada, aunque más estricta que la mayoría de nuestros demás maestros y monitores, firme en su sentido del bien y el mal. Al principio los niños nos quejábamos de eso. Sin embargo, no tardamos en aprender a confiar en ella. Percibíamos que se preocupaba por nuestro desarrollo y por que llegáramos a ser personas íntegras y sanas. Nos sentíamos seguros con ella, porque definía lo que se podía hacer y lo que no.

Aunque nos fijaba límites y hacía respetar las reglas, contrapesaba su disciplina con abundantes dosis de ánimo y amor. Además tenía un buen sentido de la diversión. No limitaba las clases a los cuadernos y los libros de texto; nos llevaba a excursiones y paseos, y aprovechaba su talento artístico para suscitar en nosotros interés por las manualidades. Un día le preguntamos: «¿Podemos tomar café como tú y los demás adultos?» De colación al día siguiente nos sirvió *café para niños*: leche teñida con melaza para darle un color más oscuro.

Tenía cierta facilidad para mejorar nuestra autoestima y hacer que nos sintiéramos apreciados. Siempre hablaba positivamente de nosotros a los demás cuando estábamos cerca y podíamos oírla. Todavía recuerdo el orgullo que sentí al oírla por casualidad decir a otra profesora que yo tenía muy buena ortografía. Era grato saber que mis esfuerzos no pasaban inadvertidos.

El cariño e interés de la tía Marina trascendió más allá de nuestros años escolares. Tiempo después de que nuestra familia se trasladara a Taiwán, seguía enviándome notas y tarjetas. Han pasado ya diez años y aún conservo algunas. Hace poco releí una en particular que me dejó maravillada por el cariño y el interés que demostró escribiéndome a una niña de apenas ocho años: «Ayer vi tu foto mientras preparaba un álbum de los niños que cuidé y eduqué durante años, y recordé cuánto te quiero, amiguita».

Cuando cumplí nueve años, me escribió: «Te deseo un feliz aniversario. Pido a Dios que sea un día inolvidable para ti y que este nuevo año de tu vida esté lleno de sorpresas agradables y de tiernas experiencias. ¡Cuánto me alegro de haberte conocido!»

El 9 de junio de 2005, tras una larga batalla con el cáncer, Marina pasó a mejor vida. No soy más que una de las muchas personas en las que influyó positivamente con su cariño y su amor, un amor que ella siempre atribuía a Dios y del cual sólo se consideraba un instrumento.

ELISABETH SICHROVSKY ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN TAIWÁN. ■



## QUÉ HACER CUANDO NOS SENTIMOS DERROTADOS

DEREK Y MICHELLE BROOKES

EN DETERMINADAS SITUACIONES y circunstancias es inevitable que los padres se sientan agobiados. El bebé llora, la niña de ocho años no quiere hacer sus deberes, la música del chico de catorce hace temblar la casa, el de dos añitos se hizo pis en los pantalones y los invitados a cenar van a llegar en cualquier momento. Uno se siente exigido al máximo.

Todos tenemos días así. Tu caso no es único. Y no es preciso que hagas frente a la situación a solas: Jesús está contigo. Ten fe. Él te entiende y quiere darte ánimo y soluciones. Si tienes oportunidad, procura conversar con alguien, tal vez con tu cónyuge o con una amiga; puede contribuir a serenarte y hacerte ver las cosas desde otra perspectiva. También es un buen momento para que invoquen juntos la ayuda del Señor. Hasta puedes pedir a tus hijos que recen contigo, incluso los más pequeños. Su fe y sus simples oraciones te infundirán mucho aliento.

Hagas lo que hagas, no te dejes vencer por el sentimiento de fracaso. Eleva una plegaria y pide a Jesús que te conceda fuerzas y gracia en ese preciso momento, y Él lo hará. Rúégale que te ayude a ver a tus hijos como Él los ve,

que te abra una ventana al futuro y te permita vislumbrar lo que llegarán a ser. Él te ayudará a enfocar la situación con optimismo y esperanza. Por muy negras que se vean las circunstancias, si miras hacia arriba (a Jesús) siempre te encontrarás con un panorama luminoso.

Dado que los hijos son un reflejo de los padres, es muy fácil descorazonarse y sentir que uno ha fracasado cuando uno o varios de ellos flaquean en algún aspecto. Lo que no hay que olvidar es que ellos también son hijos de Dios y que constituyen una obra en curso, igual que nosotros. «Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad» (Filipenses 2:13).

Lo único que Dios espera de nosotros es que pongamos todo de nuestra parte, que les prodiguemos amor y que dejemos lo demás en Sus manos. Claro que eso no es pretexto para desesperarse y arrojar la toalla en cuanto las cosas se pongan difíciles, pasándole la pelota a Dios. Seguramente la solución que Él tiene requiere nuestra participación activa. Conviene preguntarle qué quiere que hagamos y llevar a la práctica lo que nos indique. De ahí no nos queda más que encomendarle lo que falte, dejar que Él se encargue de lo que está fuera de nuestro alcance.

CAPÍTULO DEL LIBRO *¿DE DÓNDE SACAR FUERZAS?*, DE AURORA PRODUCTION. SOLICITA UN EJEMPLAR ESCRIBIENDO A CUALQUIERA DE LAS DIRECCIONES DE LA PÁGINA 2. ■



# JUNTOS EN LA CUERDA FLOJA

## La adolescencia, edad de decisiones

ADAPTACIÓN DE UN ARTÍCULO DE DAVID BRANDT BERG

AUNQUE EN LOS PRIMEROS AÑOS de la adolescencia los niños pegan un estirón y prácticamente alcanzan la estatura que tendrán de adultos, muchas veces siguen teniendo una mentalidad y una conducta infantiles. Esa es la edad en que muchos hacen locuras y se meten en líos. Y claro, si continúan por ese camino sin que nadie los ayude a encarrilarse, es previsible que vayan de mal en peor.

La adolescencia es una edad de decisiones, una etapa complicada y azarosa. Los chicos buscan entonces su nicho, quieren encajar en alguna parte, y viven afanados por eso. Cuesta vivir con ellos; hasta a ellos mismos les cuesta vivir consigo mismos. Se enfrentan a muchos dilemas, fluctúan continuamente. En esos años los jóvenes suelen ser muy idealistas, y critican agriamente a sus padres y a otros adultos porque no son perfectos.

La analogía del acróbata que se desplaza sobre una cuerda floja a gran altura describe con bastante acierto la transición entre la niñez y la edad adulta. En esas circunstancias los adolescentes necesitan un guía, una compañía, un modelo de conducta claro, que puede ser uno de los padres u otra persona. Pero siempre alguien que los ayude a lograr un equilibrio y una estabilidad y que les inspire confianza y tranquilidad hasta llegar al otro extremo.

Si bien muchas veces los jovencitos no lo demuestran, la verdad es que les gusta que haya una autoridad. Quieren que se los oriente y tienen conciencia de que necesitan tutela. Desean ayuda, pero uno tiene que ganarse su confianza. Hay que demostrarles que se los quiere de verdad y que uno desea ayudarlos.

Los primeros años de la adolescencia van acompañados del deseo de tomar decisiones propias y controlar ellos las riendas de su vida. Eso es intrínseco al proceso de desarrollo, porque se están haciendo adultos. Claro que a esas alturas los padres ya les deberían haber enseñado a tomar buenas decisiones; si para entonces no lo han hecho, se producirá un desbarajuste. En ese caso, uno puede pensar equivocadamente que ya es tarde; sin embargo, mejor es empezar tarde que nunca. Y es

que en realidad, con la ayuda de Dios, nunca es tarde.

Cuando mis cuatro primeros hijos desembarcaron en la adolescencia, yo procuré aconsejarlos y orientarlos. No obstante, dejaba que, en definitiva, decidieran ellos lo que iban a hacer. Les decía: «Tú sabes lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué crees que debes hacer?»

Muchas veces pretendían que su madre o yo decidiéramos por ellos, para eludir toda responsabilidad en caso de que las cosas no salieran bien. En otras ocasiones insistían en que les diéramos permiso para hacer algo que ellos sabían que no debían, a fin de poder quedarse con la conciencia tranquila.

Yo me limitaba a decirles: «No me pregunten a mí. Ustedes saben discernir entre lo que está bien y lo que está mal. ¿Qué consideran correcto hacer ustedes?» Después se alegraban de que hubiéramos dejado la decisión en manos de ellos; sabían que así tenía que ser. Además, ese gesto les demostraba que los respetábamos y les teníamos confianza, algo muy importante a esa edad.

La mayoría de las veces sabían lo que debían hacer y acertaban en sus decisiones. Y después de cometer uno o dos desaciertos, reaccionaban y tomaban una buena determinación si se les daba un par de consejos presentados con tino. Tengo la certeza de que la mayoría de los chicos harán lo mismo: sólo hay que tratarlos con amor, paciencia y comprensión.

La tarea de orientar a los hijos adolescentes es difícil y requiere sacrificios. A veces hasta nos puede asustar. Pero también es emocionante y proporciona muchas satisfacciones. ■



EL MAYOR DESCUBRIMIENTO que podemos hacer en la vida es que todos tenemos acceso a una estrecha relación con el Padre celestial a través de Su Hijo Jesús. Con esa conexión, todo lo demás queda a nuestro alcance.

Entablar dicha relación no sólo es factible, sino increíblemente fácil: basta con hacer una breve oración: «Jesús, te necesito. Ven a mi corazón y hazte presente en mi vida. Perdóname mis pecados. Te pido que seas mi Salvador, mi eterno compañero, mi consejero, mi firme amparo. Amén».

La conexión se establece instantáneamente, pero es apenas un primer paso. Como toda relación seria, esa unión se consolida y madura con el tiempo. La interacción y los intercambios diarios aceleran el acercamiento. Poco a poco aprendemos a acudir a Él en oración. Leyendo Su Palabra nos compenetramos más con Él y llegamos a conocer mejor Su plan. Entonces comprendemos el amor tan profundo que abriga por nosotros, cuánto desea vernos felices, realizados y plenamente desarrollados como personas. Entendemos además que quiere participar activamente en nuestra vida. Nos asombra lo dispuesto que está a manifestarnos amor y comprensión en

tiempos de prueba, y a ofrecernos soluciones prácticas a los problemas que afrontamos, y nos maravillamos al ver lo que es capaz de hacer.

Para los que somos padres de familia solo hay una cosa más extraordinaria que establecer nosotros mismos esa íntima relación con Dios: saber que también está al alcance de nuestros hijos. «Para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos» (Hechos 2:39).

Las familias cuyos integrantes tienen en común esa conexión con Dios, que la Biblia llama sencillamente amor (1 Juan 4:8), están más unidas, tienen menos conflictos graves, y en cambio más cariño y afecto. ¿A qué responde eso? A que tienen en común lo primordial: además de tener criterios muy claros con respecto al bien y al mal, disponen de la orientación y el apoyo que necesitan para tomar buenas resoluciones y cumplirlas. Cuando surgen conflictos o disgustos, basta con elevar una plegaria para obtener soluciones prácticas y auxilio del Cielo.

Si deseas que tu familia se enriquezca espiritualmente, conéctate con Jesús. Así todos crecerán en amor y vivirán más unidos. ■

KEITH PHILLIPS ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN LOS ESTADOS UNIDOS ■

# UNA FAMILIA UNIDA

KEITH PHILLIPS



# El abecé de los padres

## Pensamientos que pueden evitarnos más de un tropezón

Nos preocupa lo que un niño llegará a ser el día de mañana, y se nos olvida que hoy ya es una persona.

*Stacia Tauscher*

Con los niños se puede aprender mucho. Uno averigua, por ejemplo, cuánta paciencia tiene.

*Franklin Jones*

Toda criatura, al nacer, nos trae un mensaje bajo el brazo: que Dios todavía no pierde la esperanza en los hombres.

*Rabindranath Tagore*

No hay ejercicio más eficaz para ayudarte a entender tus creencias que esforzarte por explicárselas a un niño curioso.

*Frank Clark*

A los ojos de los niños, en el mundo no hay siete maravillas, sino siete millones.

*Walt Streighttiff*

He aprendido que cuando un recién nacido aprieta con su pequeño puño, por primera vez, el dedo de su padre, lo tiene atrapado por siempre.

*Gabriel García Márquez*

Antes de casarme tenía seis teorías sobre cómo se debe educar a los hijos; ahora tengo seis hijos y ninguna teoría.

*John Wilmot, 2º Conde de Rochester*

Para enseñar a un niño el camino en que debe andar, encámínate tú por él.

*Josh Billings*

Bien predica quien bien vive. No hay tal maestro como Fray Ejemplo. Más aprovecha un ejemplo que un precepto. El ejemplo de los mayores hace buenos o malos a los menores. Al niño, corrígele con cariño.

*Refranes españoles*

No debería preocuparnos que nuestros hijos no nos escuchen, sino que siempre nos estén observando.

*Robert Fulghum*

Dar ejemplo no es la principal manera de influir sobre los demás, es la única.

*Albert Einstein*

Si observamos algo que quisiéramos cambiar en el niño, debiéramos primeramente hacer examen de conciencia y ver si no es algo que podría ser mejor cambiar en nosotros.

*Carl Jung*

Hoy en día el mundo está cabeza abajo y sufre tanto porque hay muy poco amor en los hogares y en la vida familiar.

*Madre Teresa de Calcuta*

El trato que se da a los niños es el que ellos luego darán a la sociedad.

*Karl Menninger*

### Si pudiera empezar de nuevo con mi hijo

Si pudiera empezar de nuevo con mi hijo, primero construiría su autoestima; después, nuestra casa. Usaría más el dedo para pintar con él que para acusarlo. Sería menos inflexible y más accesible.

Apartaría los ojos del reloj y los pondría más en él.

Haríamos más caminatas y, por supuesto, más fogatas.

Dejaría de hacerme la serio y me tomaría en serio el juego.

Correríamos más por el campo y miraríamos más las estrellas.

Le daría más abrazos y no tanto rechazo.

*Diane Loomans*

Cada día de nuestra vida hacemos depósitos en el banco de memoria de nuestros hijos.

*Charles Swindoll*

El hacer el padre por su hijo es hacer por sí.

*Miguel de Cervantes*

Si quieres que tus hijos mejoren, deja que te oigan decir a otras personas las cosas bonitas que hablas de ellos.

*Haim Ginott*

En la crianza de tus hijos, no inviertas sino la mitad del dinero que tienes previsto, pero el doble de tiempo.

*Anónimo*

Tienes toda una vida para trabajar; sin embargo, tus hijos solo una vez son pequeños.

*Proverbio polaco*

Para los niños, la palabra *amor* se escribe T-I-E-M-P-O.

*John Crudele* ■

# LA IMPORTANCIA DE USAR AMBAS MANOS

HÉCTOR MEDINA

MI ABUELO DECÍA: «Cuando veas un niño que se porta bien, ten la certeza de que alguien está usando ambas manos para criarlo: la mano derecha del amor y la izquierda de la disciplina». En los 25 años que llevo de docente, esa máxima ha sido la piedra angular de mi relación con mis alumnos.

Tal vez conozcas la analogía que asemeja a un jovencito con una plantita. Si bien es cierto que una planta necesita apenas agua y sol, es preciso también cuidarla, en el sentido de abonarla, podarla, fumigarla, trasplantarla a una maceta más grande, etc. Esos cuidados requieren trabajo por parte del jardinero y a veces pueden resultar algo traumáticos para la planta. Aplicado a un niño o niña, supone darle por sobre todas las cosas cariño y ternura, sin descuidar los otros componentes indispensables para formarlos como persona: brindarle un ámbito sano para su desarrollo social y emocional y para su maduración espiritual; fijarle límites; enseñarle a responsabilizarse de sus actos, y dejar que escarmiente sufriendo las consecuencias de sus decisiones erróneas si es necesario. Esos aspectos más difíciles de la labor de padres son generalmente los que más les cuesta aceptar a los chicos, sobre todo al principio. Sin embargo, se lo debemos a los niños y a Dios, a quien en última instancia tendremos que dar cuenta de lo que hemos hecho en la vida.

Se habla mucho hoy en día de los adolescentes difíciles y del efecto exponencial que tienen en la sociedad al extenderse

su influencia a sus pares, a los niños más pequeños y, a la larga, a sus propios hijos. Nos seguimos planteando los mismos interrogantes: ¿Cómo es que hemos llegado a este estado de cosas y cómo podemos cambiar la situación? ¿Todavía es posible virar la nave y tomar un curso más sano? ¿O es ya tarde?

Yo estoy convencido de que siempre hay esperanza, con la ayuda de Dios, pues todo es posible para Él (Mateo 19:26). Así y todo, Dios no puede hacerlo por Su cuenta ni lo hará. Necesita que nosotros —los padres, docentes y otras personas mayores— seamos mentores y modelos de conducta para nuestros jóvenes. Nuestro papel consiste en ir contra la corriente de pasividad, permisividad y carencia generalizada de valores morales, que lamentablemente se ha convertido en lo normal en cuanto a formación y educación. En realidad basta con que cada persona ponga de su parte, con que cada uno aportemos nuestro su grano de arena, y Dios hará lo que está fuera de nuestro alcance: producirá las transformaciones interiores que nuestros hijos necesitan y les infundirá el deseo de hacer su parte, de actuar con integridad y con la debida motivación. Con el tiempo ellos mismos ejercerán una influencia importante para generar cambios positivos; pero inicialmente depende de nosotros, las personas mayores. Es preciso que tomemos las riendas, con *ambas manos*.

HÉCTOR MEDINA ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN COLOMBIA. ■

# LA EVOLUCIÓN DE UNA MADRE

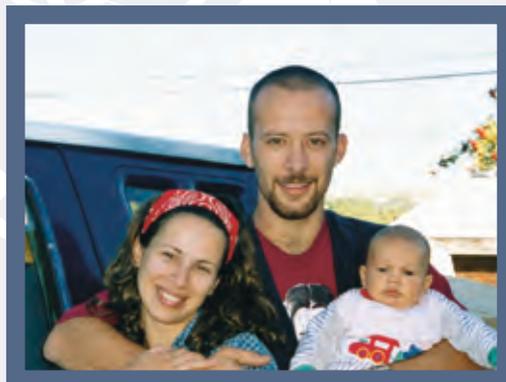
MARÍA DOEHLER

CUANDO SAM Y YO teníamos un solo niño, me consideraba bastante competente como madre. Tuve que adaptarme, ser flexible y ceder parte de mi independencia, pero no demasiada. No se me pasaba un detalle de la indumentaria y aspecto de Cade, nuestro hijo. Nunca llevaba ropa sucia, manchada o percutida. Cade era un niño *portátil*: lo llevábamos a donde fuéramos. Cuando había que hacer algo, emprendíamos tranquilamente la tarea y la llevábamos a cabo. Sabíamos que cuando tuviéramos más niños las cosas serían más cuesta arriba, pero a mí eso no me preocupaba. Ya era ducha en cuestiones de maternidad.

Seguidamente llegó Brooke. Era una angelita. Solo se despertaba para gorjear y decir: «Gu, gu, gu»; después se dormía solita. Como en ese embarazo subí menos de peso, me puse en forma rapidito. Llegué a la conclusión de que si era capaz de bandearme tan bien con dos, podía hacer frente a cualquier cosa. Me estaba desempeñando de maravilla.

La siguiente fue Zara. Ahí perdí toda mi pericia materna. No es que Zara fuera una niña difícil de por sí; pero de repente, lo que antes podía hacer en un santiamén, con ella me tomaba 45 minutos. No era raro que tuviera a tres niños llorando a la vez en distintas partes de la casa. Realizar cualquier actividad en familia requería la misma rigurosa planificación y ejecución que un viaje a la Luna. Se empezaban a oír comentarios del estilo de: «¡Solo mirarte ya me agota!» Para colmo, los bebés no son bebés para siempre: en menos que canta un gallo empiezan a caminar y se meten en todo. Pero aprendimos a adaptarnos a la nueva situación. Nos dimos cuenta de que no teníamos que ser perfectos, y los niños tampoco.

En ese momento comprendí mejor que ser madre es mucho más que dar a luz y atender a las necesidades físicas de mis hijos. Significa vivir a través de ellos, no imponiéndoles mis ideas y sueños, sino alegrándome y enorgulleciéndome de cada uno de sus triunfos. Dondequiera que íbamos la gente nos decía: «Disfrútenlos mientras los tengan con ustedes, porque crecen en un abrir



## LECTURAS ENRIQUECEDORAS

EDUCAR A LOS NIÑOS COMO DIOS QUIERE: CON AMOR, COMPRENSIÓN, INSTRUCCIÓN Y DISCIPLINA

*Los niños deben obedecer y honrar a sus padres.*

Éxodo 20:12

Efesios 6:1,2

Colosenses 3:20

*Los padres tienen la obligación de educar a sus hijos y darles buen ejemplo.*

Deuteronomio 4:9

Deuteronomio 6:6,7

Efesios 6:4

*Pídele a Dios que te oriente en la educación de tus hijos.*

Jueces 13:12

Proverbios 3:5,6

Santiago 1:5

*Se debe castigar a los hijos cuando lo precisen.*

Proverbios 3:12

Proverbios 19:18

Proverbios 29:17

*Tratar a tus hijos con benevolencia y amor.*

Lucas 1:17

Efesios 4:32

Colosenses 3:21

1 Pedro 4:8

*Una formación cristiana les servirá de guía toda la vida.*

Salmo 37:31

Proverbios 6:20,22,23

Proverbios 22:6

Juan 10:27,28

2 Timoteo 3:15

*La paciencia, la misericordia y la verdad son lo más eficaz.*

Proverbios 16:6

Romanos 2:4

1 Tesalonicenses 2:11

## NO PASARÁ DE MODA

Mensaje de Jesús para las madres

LA MATERNIDAD TRADICIONAL nunca pasa de moda, porque su esencia es el amor. Yo creé al hombre con la necesidad de ser amado y dispuse que la madre fuera el primer ser en transmitirle ese amor. Una madre es la encarnación de la ternura, el desvelo y el amor. Hasta el niño más pequeño es capaz de percibir y responder a ese amor.

Si eres de las que piensan que se están perdiendo algo o que viven en el pasado por estar en casa «sin hacer otra cosa» que cuidar del bebé o criar a varios hijos cuando podrían estar perfeccionándose en su profesión, reflexiona. ¡El amor es lo mejor de la vida! Es lo más importante que puede aprender una persona y a la vez el obsequio más valioso que se puede recibir. Además, una madre lo encarna y lo entrega como nadie. El mundo podría seguir adelante perfectamente bien sin muchas cosas, pero sin madres, jamás. La maternidad a la antigua nunca pasará de moda. ■



y cerrar de ojos». Esa afirmación tan cierta empezó a calar hondo en mí.

Cuatro hijos. Emma es tan particular como su hermano y sus hermanas. A estas alturas, algo sencillo puede fácilmente tomar una hora. Sobra decir que todavía tenemos que planificarlo todo, pero no programamos sino una actividad al día como máximo. Tenemos mucha ropa para jugar y unas pocas prendas de vestir. En cierta ocasión Zara manchó una camisa de Cade con un marcador azul justo cuando nos aprestábamos a salir. Pensé: «Por lo menos la camisa es azul. Casi combina». Somos un circo, pero no me importa, y además es bueno hacer sonreír a la gente.

Sigo aprendiendo nuevas facetas del amor, que poco a poco van cambiando algunos de los rasgos más pertinaces de mi naturaleza. Cada niño y cada día que pasa van moldeando mi carácter; pero me encanta que sea así. ¡Es entretenido ser una familia!

MARÍA DOEHLER ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN MÉXICO. ■

# ACCIÓN

## POR MEDIO DE LA ORACIÓN

### Ejercicio espiritual

ORAR POR OTRAS PERSONAS es un poderoso medio de llevar el amor a la práctica. Además de pensar en alguien y querer ayudarlo, hacemos algo. La oración surte efecto: lo pueden atestiguar millones de personas de todo el mundo. Nuestras plegarias mueven la mano de Dios y lo llevan a hacer lo que le pedimos. Las respuestas no siempre vienen enseguida ni tal como imaginábamos. Pero a la larga Dios contesta del modo que considera más conveniente para todos los afectados.

Las oraciones no solo favorecen a la gente por la que pedimos, sino a nosotros mismos. Generan un espíritu de fe, crean un clima positivo, ya que concentramos la atención en la bondad y el poder de Dios y contamos con que Él responda. El simple hecho de manifestar fe en Él —que es lo que hacemos al orar— le agrada y lo mueve a obrar en la situación o en la vida de la persona por la que se ruega. Él nos ama y ama a la persona por la que oramos; desea efectuar en ella un cambio para bien. Ahí intervienen nuestras oraciones, pues activan el poder de Dios.

Ahora pasemos al ejercicio: Comienza haciendo una lista de personas por las que te interesas y que necesitan la ayuda de Dios. Quizá porque están enfermas, o han tenido un accidente, o se sienten solas, o se encuentran en aprietos económicos, o corren peligro, o han sufrido alguna pérdida. Incluye tanto a personas que conozcas personalmente como a gente de la que hayas oído hablar en las noticias o por medio de terceros.



Ora por ellas de una en una invocando una de las promesas que Dios nos ha hecho en la Biblia (en la columna de la derecha verás algunos ejemplos). Hazlo durante unos 10 ó 15 minutos, dedicando uno o dos a cada persona.

Cuando te enteres de alguien que tenga alguna necesidad, añádelo a la lista. Procura incorporar una nueva persona cada día. A medida que la nómina se vaya haciendo más larga, probablemente no te alcanzará el tiempo para rezar por todas las personas que figuran en ella. Ora primero por las situaciones más graves y urgentes, y luego por algunas de las demás según el tiempo de que dispongas. Cuando llegues al final de la lista, vuelve a empezar de arriba.

Cada vez que Dios responda a una de tus plegarias, agrádecete y elimina esa petición de tu lista. Podrías mantener otra lista en la que apuntas las oraciones respondidas y tomarte un momento al inicio de tus ratos de oración para repararla y reforzar tu fe en que el Señor también atenderá las necesidades que todavía están pendientes.

Hazte la costumbre de rezar por los demás todos los días. Contribuirá a mejorar su vida. Además, ver obrar a Dios te infundirá fe y enriquecerá tu espiritualidad. ■

### PROMESAS DE DIOS...

...para quienes necesitan curación:  
«Yo haré venir sanidad para ti», dice el Señor» (Jeremías 30:17).  
«La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará» (Santiago 5:15).

...para quienes están en peligro:  
«Dios es nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Salmo 46:1).  
«El Señor es fortaleza en el día de la angustia» (Nahum 1:7).

...para quienes sufren una pérdida o grandes penalidades:  
«Yo el Señor soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha y te dice: “No temas, Yo te ayudo”» (Isaías 41:13).  
«La paz os dejo, Mi paz os doy» (Juan 14:27).

# MÁS JOVEN QUE NUNCA

CURTIS PETER VAN GORDER

CUANDO ESTUDIABA EN LA ESCUELA PRIMARIA escribí un ensayo sobre Ponce de León, el conquistador español que en 1513 partió en busca de la fuente de la juventud y en cambio descubrió Florida. La historia me fascinó, aunque no entendía muy bien por qué alguien querría encontrar un remedio para no envejecer. El envejecimiento era algo que desde mi perspectiva solo les ocurría a algunas personas, más que nada a mis abuelos. En aquel entonces la tercera edad me parecía algo muy lejano. Ahora que tengo cincuenta y tantos, ese puerto ya se divisa en mi horizonte, y cada año que pasa se ve más cercano.

Hace poco me operé de un tobillo, y durante la recuperación tuve bastante tiempo para reflexionar sobre mi vejez. También tuve más tiempo para leer. Me topé con un artículo sobre el cineasta portugués Manoel de Oliveira, quien presentó una película en el Festival de Cine de Venecia a los 98 años. Un colega egipcio de Oliveira —Youssef Chahine— comentó:

—Soy joven. Apenas tengo 81 años. En primer lugar, nunca me miro al espejo. Creo que es una tontera hacerlo y repetirte que te estás poniendo viejo, sobre todo cuando veo a Manoel todavía lleno de vitalidad.

Aquello me llevó a investigar sobre otros ancianos que todavía resplandecen con fulgor. Y me encontré con gran cantidad de venerables modelos de conducta.

El alpinista suizo Ulrich Inderbinen falleció hace poco a los 103 años. Escaló

el monte Cervino 370 veces. Su último ascenso lo hizo a los 90 años, y escaló otros montes hasta los 95. En una de sus últimas entrevistas comentó:

—No tengo idea de cómo llegué a los 100 años, pero ya no me angustio por nada. No le tengo miedo a la muerte, de eso puede estar seguro. He disfrutado de una vida plena y feliz. ¿Por qué habría de tener miedo?

A los 95, Olivia Neubauer todavía enseña a leer a preescolares cinco días a la semana. Uno de sus colegas dice que cuando están con ella, los pequeños se entusiasman.

—Es fascinante verla —comentó.

—Llega todas las mañanas lista para trabajar —añadió el director del jardín—, y se desempeña estupendamente bien.

A los 88 años, el legendario bajista cubano Israel López «Cachao» —considerado el padre del mambo— realizó una intensa gira de conciertos por Europa que duró tres semanas. Cuando le preguntan cómo es que tiene tanta energía, responde simplemente:

—No fumo ni bebo.

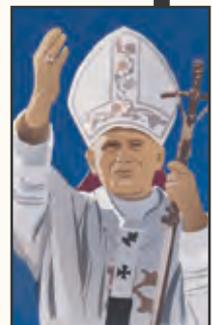
A pesar de diagnosticársele Parkinson a los 72 años, el Papa Juan Pablo II continuó su riguroso programa de viajes por el mundo hasta pasados los 80.

Cuando CBS y Viacom, dos enormes conglomerados de radio y televisión, se separaron en el 2005, Sumner Redstone —que entonces tenía 82 años— siguió como presidente de ambas empresas.

La Madre Teresa no dejó de atender a los pobres de la India pese haber superado ampliamente los 90 años de edad.

Después de leer las semblanzas de todos esos ancianos, me siento más joven que nunca.

CURTIS PETER VAN GORDER ES MIEMBRO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN EL MEDIO ORIENTE. ■



# UN HOGAR

# amoroso

El amor tiene poder creativo. En una familia, el amor obra su magia propiciando actos de generosidad y ayudando a cada miembro a ver a los demás con buenos ojos. Todas las personas anhelan sentirse comprendidas, aceptadas y queridas por lo que son. El hogar es un ámbito que Dios ha creado donde se puede vivir así.

Naturalmente, hay cosas que en un hogar obran en contra del amor. Son los enemigos del amor, si se quiere. Por ejemplo, los desacuerdos entre padres e hijos y entre hermanos. Sin embargo, hay lacras más sutiles y, por ende, más peligrosas: el egoísmo, la pereza, la indiferencia, las críticas, los regaños, el desprecio, los pensamientos y comentarios negativos sobre los demás... Y hay otras. Los conflictos suelen iniciarse con incidentes pequeños y aparentemente inocuos: una excusa para no prestar ayuda, una discusión por una tontería, unas palabritas irónicas y denigrantes. Pero si no reconoces que el amor y la unidad de la familia están en juego, esas faltas se van arraigando hasta convertirse en malos hábitos que a la larga perjudican gravemente a todos.

La raíz del problema es la falta de amor. Lo único que cura la falta de amor es el amor mismo. Por eso, ruégame que lleve más amor a tu hogar y ayúdame en ese empeño. Si me pides que le infunda a cada uno auténtico respeto y aprecio de los demás, Yo pondré en sus corazones todo el amor que necesitan. Claro que luego ustedes tienen que cultivar ese afecto por medio de pensamientos, palabras y acciones que lo manifiesten.